

RESEÑAS

EDMUNDO BENDEZU AIBAR, *La novela peruana. De Olavide a Bryce*, Lima (Editorial Lumen) 1992. 343 p.

Edmundo Bendezú Aibar ha incrementado su notable producción con dos libros publicados en 1992: *Literatura, Historia e ideología en la biografía de Francisco Pizarro* (Lima, Editorial Lumen, 1992) y *La novela peruana. De Olavide a Bryce*. Este segundo volumen, que es el que motiva la presente reseña, constituye un aporte especialmente valioso al campo de los estudios dedicados a temas mayores de la literatura peruana.

Bendezú Aibar, adoptando una opción polémica, ofrece un trabajo que reformula la visión histórica tradicional sobre la novela peruana, y, a la vez, realiza un análisis acucioso y original de un conjunto de novelas representativas de la evolución de este género narrativo en nuestras letras. Su propósito no consiste en elaborar una historia de la novela nacional, sino en proponer un nuevo esquema comprensivo del origen y desarrollo del género. Este esquema difiere sustancialmente de las cronologías conocidas que organizan la secuencia evolutiva de la producción novelística nacional y latinoamericana, según cánones válidos para historiar la trayectoria del género en las literaturas europeas occidentales, pero no para dar cuenta del curso singular que ha descrito la novela desde que se arraigó y dio frutos en tierras americanas.

El planteamiento central del autor consiste en señalar que la novela peruana, desde sus inicios hasta la más cercana actualidad, se ha desarrollado "a través de *tres etapas* que determinan *tres estilos* claramente diferenciados:

romanticismo, modernismo, realismo" (Prólogo, p. 3). Bendezú sostiene que el romanticismo fue más tardío en el Perú que en otras zonas hispanoamericanas y se prolongó prácticamente hasta finales del siglo XIX. Tal apreciación es compartida, en lo sustancial, por los historiadores de la literatura peruana del siglo pasado; pero el autor del libro va más allá de lo comúnmente propuesto, al sostener que "aunque dentro de este periodo se ha hablado de una *novela peruana realista* y también de una *naturalista*, ni el *realismo* ni el *naturalismo* cuajaron verdaderamente en la novela peruana. En lo esencial los novelistas del XIX son *románticos* a pesar de apariencias realistas y naturalistas a la francesa. Ya bien entrado el siglo XX aparece una *novela realista* muy rica en el Perú, heredera de un realismo europeo plenamente desarrollado; no se trata de ningún *neo-realismo* porque un *realismo decimonónico* no se produjo en la novela peruana" (Prólogo, p. 3).

Según Bendezú, el extenso predominio del *Romanticismo* a lo largo de gran parte de la centuria pasada, no fue seguido, pues, ni por el *realismo* ni el *naturalismo*, etapas que sí se dieron plenamente en la Europa decimonónica, pero no en el contexto nacional; porque las condiciones sociales, ideológicas y culturales eran otras, y ello ocasionó que la secuencia de etapas muestre otro orden, que es el que se señala en este libro.

Después del *Romanticismo*, Bendezú afirma que fue el *Modernismo*, la etapa y el estilo que caracterizó a nuestra novelística. Empero, su presencia también puede ser considerada tardía, en tanto que una de las primeras novelas que produjo el Modernismo, analizada con perspicacia crítica en las páginas de este volumen, recién se editó en 1905. Queda claro, también, que el autor evalúa a la etapa del *Realismo novelístico peruano* con un criterio flexible y comprensivo, porque a partir de una visión que asume, incluso, la *transculturación narrativa* de la que hablaba Angel Rama, aconseja leer a nuestros mejores realistas (Alegría, Arguedas, Scorza, Bryce, etc.) en relación a los grandes maestros europeos y norteamericanos del género, tanto del siglo XIX, como del XX.

Este tipo de lectura, a la vez histórica y contextual, permite hacer justicia a muchos de nuestros más caracterizados creadores, que combinan dentro de su arte narrativo elementos tradicionales y modernos, componentes andinos y occidentales en una síntesis original, que a veces ha llevado a una lectura equivocada o parcial de los valores presentes en varias de las novelas realistas. Por ello, Bendezú propone que "a *Ciro Alegría* hay que compararlo con Balzac y Dos Passos y no con Onetti, a *Vargas Llosa* con Flaubert y Sartre,

a Arguedas con los realistas rusos y con Faulkner, a Bryce con Proust y Hemingway, y a Scorza con los mágico-realistas latinoamericanos con Carpentier y García Márquez". (Prólogo, p. 4).

Como podemos constatar, los aportes del autor en referencia al marco histórico-literario de las novelas peruanas de los siglos XIX y XX son importantes y polémicos; llevan a una revisión de los criterios con los cuales se ha construido la secuencia cronológica del proceso novelístico peruano. Pero a estas contribuciones situadas a un nivel general, tendríamos que agregar otra novedad que *La novela peruana. De Olavide a Bryce* nos entrega.

Tradicionalmente se ha entendido que el primer novelista peruano es Narciso Aréstegui, cuya obra, *El Padre Horán* se publicó "en Lima en el diario *El Comercio*, por entregas entre el 28 de agosto de 1848 y el 30 de diciembre del mismo año". Bendezú sostiene que "el inicio de la novela peruana ha retrocedido hasta principios del siglo XIX con el descubrimiento de seis novelas cortas de Pablo Olavide autor de obras religiosas aparecidas en España a fines del siglo XVIII". p. 13.

Olavide es, para el autor, el iniciador, al mismo tiempo, del género en la literatura peruana y de la etapa del Romanticismo con la que se inaugura dicho género. No es relevante, para esta incorporación de Olavide a la tradición novelística nacional, que sus "seis novelas cortas" no traten de temas peruanos, ni que no hayan sido escritas en el Perú, pues pese a estas evidencias, Olavide es peruano en un estrato más profundo y por ello "hay que juzgarlo dentro de su época y no como a español sino como a peruano y, más aún, como a limeño por su educación y por su formación. Olavide nunca fue realmente aceptado en la España reformista de Carlos III, al final parece que sus poderosos amigos lo abandonaron en las garras de la Inquisición". p. 23. En suma, Bendezú reivindica no sólo a la obra, sino al novelista y ser humano con todas sus contradicciones y valores.

Establecidas las premisas generales, el libro comentado nos entrega la lectura crítica y creativa de quince novelas peruanas, que pertenecen, de acuerdo al esquema cronológico ya citado, al Romanticismo, al Modernismo y al Realismo. El autor ha seleccionado un total de cinco novelas por cada una de las etapas, aunque dicha regla no es observada en el caso de Manuel Scorza de quien se consideran el conjunto de obras que integran el ciclo de *La Guerra Silenciosa*.

Además de Olavide, catalogado como un romántico precoz, el libro intenta y logra una lectura revalorizadora de un representativo grupo de novelistas peruanos románticos: Aréstegui, Cisneros, Matto y Cabello. Aconseja “una lectura de los románticos peruanos como tales, es decir, con todos sus descuidos formales, su sentimentalismo, sus fantasías, sus melodramas, sus preocupaciones éticas, su inclinación hacia una representación realista a la que nunca llegan, el juego descontrolado de sus pasiones, etc.” (Prólogo, p. 4).

Leídas de ese modo, las novelas analizadas resultan atractivas e interesantes, pues revelan, a partir de su particular perspectiva estético-ideológica, aspectos significativos de la cosmovisión, de las preocupaciones éticas y de los ideales y propuestas de los grupos sociales del siglo XIX, de los que son voceros privilegiados los novelistas románticos. Y así, obras como *El Padre Horán* (1848) de Aréstegui; *Julia, o escenas de la vida en Lima* (1860) de Luis B. Cisneros; *Aves sin nido* (1889) de Clorinda Matto y *El conspirador* (1892) de Mercedes Cabello van mostrando el modo como evoluciona la estética romántica en su esfuerzo por representar diferentes facetas de la contradictoria y compleja realidad peruana del siglo XIX.

A nuestro parecer, los capítulos dedicados al análisis y valoración histórica y estética de las novelas *modernistas* y *realistas* son tanto o más sugestivos que los trabajos sobre las obras *románticas*. Los novelistas modernistas, por ejemplo, no han sido suficientemente estudiados por la crítica especializada. En ese sentido el balance realizado por el autor es altamente positivo, pues al leer a Enrique A. Carrillo, Valdelomar, Vallejo, López Albújar y Adán descubrimos en sus creaciones “la perfección formal del estilo, el puro goce de la expresión literaria, el sentido de la belleza, la atracción del misterio, la fascinación con la ficción” y todo ello dentro de la brevedad que caracteriza a las novelas modernistas.

En cuanto a los métodos utilizados para examinar y enjuiciar a las novelas peruanas, debemos indicar que Bendezú no se ciñe a un único método de lectura, sino que intenta diversos tipos de aproximaciones y de interpretaciones, con el fin de poder destacar los valores literarios que distinguen a cada una de estas obras, que son testimonio indiscutible de la calidad que ha llegado a alcanzar la novela peruana en sólo dos escasos siglos de desarrollo, hasta producir autores verdaderamente originales y profundos como Vallejo, Arguedas, Alegría, Scorza, Vargas Llosa y Bryce, entre otros.

Como señala el autor, la evolución de la novela peruana no se detiene en estos autores, sino que continúa su camino; y es de suponer que en próximos artículos y libros, Edmundo Bendezú abordará la lectura lúcida y crítica de nuevos autores y obras que son parte de la gran novelística peruana contemporánea.

Antonio González Montes
Universidad Nacional Mayor de San Marcos